



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra:	La Universidad del siglo XXI
Autor:	Montejano, Bernardino
Forma sugerida de citar:	Montejano, B. (2000). La Universidad del siglo XXI. <i>Cuadernos Americanos</i> , 3(81), 54-61.
Publicado en la revista:	<i>Cuadernos Americanos</i>
Datos de la revista:	
ISSN:	0185-156X
Nueva Época, Año XIV, Núm. 81, (mayo-junio de 2000).	

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

La Universidad del siglo XXI*

Por Bernardino MONTEJANO
Universidad del Salvador, Argentina

La Universidad no sobrevivirá más que si salvaguarda o recobra la felicidad de enseñar, la felicidad de estudiar.

Robert Ellrodt

DESPUÉS DE SIETE SIGLOS de vida y de experiencia, la Universidad se encuentra hoy en un cono de sombra. Hace unos años, Vargas Llosa escribió una serie de artículos que llamó "La descomposición de la Universidad"; en forma paralela, el norteamericano Alan Bloom habla de "la descomposición de la universidad"; y siete profesores europeos, entre otros el gran aristotélico Pierre Aubenque, escriben un libro llamado *Para que la Universidad no muera*.

¿Por qué esto de moribunda, de descomposición, de que no muera, cuando vemos que se multiplican aquí y en otros lugares ciertos entes llamados universidades, sus escuelas y sus carreras en progresión geométrica? Hoy día aquí en Argentina asistimos a la hiperinflación universitaria. ¿Ustedes saben que en muy poco tiempo han sido reconocidas quince universidades privadas, que en este momento tramitan su reconocimiento en esta ciudad cuatro facultades de derechos, y que han sido transformados en universidades ciertos institutos de las Fuerzas Armadas, que hoy en día hay cuatro nuevas universidades nacionales en proceso de formación y en trámite de reconocimiento sesenta nuevas universidades privadas? ¿Ustedes saben que mientras en Alemania hay ochenta títulos universitarios posibles y en España trescientos, en la Argentina hay mil setecientos cincuenta?

O sea que estamos ante un fenómeno tremendo, un fenómeno de hiperinflación que se vincula con una filosofía que llamamos de la exterioridad, muy difundida entre nosotros hoy, pero que no es invento nuestro. Es una filosofía que busca el parecer antes que el ser,

* Las ideas de este ensayo fueron expuestas con mayor amplitud en el libro del mismo título, publicado por el Club Universitario de Buenos Aires, 1994.

una filosofía que pone el acento en el ornato, en lo exterior, en la etiqueta, en el embalaje. Cuenta Diógenes Laercio que Solón, el sabio de Grecia, después de su gobierno como arconte inició un viaje y visitó a Creso, el rey de Lidia. Creso era famoso por el ornato. En su palacio abundaban seguramente los decoradores, los peluqueros, las manicuras, el maquillaje etc. Y entonces le preguntó el rey al sabio: “¿has visto algo más hermoso?”. Y le contestó Solón: “Sí, lo he visto en los gallos, en los pavos reales y en los faisanes, pero esto en ellos es natural”.

O sea que esta filosofía de la exterioridad viene de lejos, pero hoy aquí sufrimos de tantas universidades nominales que son un verdadero disfraz, que a veces incluso construyen con lujo y ostentación edificaciones a costa del sacrificio y el sudor de profesores y estudiantes, mientras violan en forma cotidiana los deberes estrictos de justicia conmutativa y rivalizan en poco veraces propagandas.

Esto es tremendo. Mientras las universidades públicas se encuentran en crisis porque en muchas de ellas lo que importa es el poder y no el saber, mientras las universidades privadas reverdecen el antiguo espíritu mercantil de la sofística, todavía existen en la Argentina bastiones universitarios y muchos universitarios ambulantes que creemos probarán su autenticidad en la medida en que estas falsificaciones les duelan, en la medida en que sigan viviendo e impregnando sus ambientes, sus ámbitos de influencia con el espíritu secular de la Universidad.

Para evaluar estas falsificaciones, estas simulaciones, estos disfraces, recurrimos al tema de la naturaleza. El tema de la naturaleza molesta a mucha gente. Un ex decano de la Facultad de Derecho, el doctor Eugenio Buligyn, escribía en un libro que era absurdo plantearse el tema de la naturaleza. ¿Por qué el tema de la naturaleza del hombre, del matrimonio, de la familia, de la Universidad...? ¿Por qué? Porque casualmente si nosotros nos planteamos este tema respondemos a la gran pregunta de la filosofía: ¿qué son las cosas?, ¿cuál es su naturaleza?, ¿cuál es la naturaleza del hombre, de la sociedad, del matrimonio, de la familia, de la propiedad, de la Universidad?; entonces tendremos criterios claros y no seremos un ingrediente más de esas mesas de borregos modernos a las que se refería Max Scheler que siguen hoy una bandera, mañana otra, sin criterio ni discernimiento.

La naturaleza de la Universidad aparece clara ya en un texto del rey Alfonso el Sabio, en el siglo XIII, cuando dice que es un “ayuntamiento de maestros y escolares hecho en algún lugar con

voluntad y entendimiento de aprender los saberes". La Universidad sociológicamente es un grupo que se distingue de todos los demás por su fin: el aprendizaje de los saberes. Es una comunidad de profesores y estudiantes, que tiene por objeto la búsqueda, la transmisión y la contemplación de la verdad bajo modo de saber. Si una Universidad realiza estas tareas será tal, y si no, no lo será por más Universidad que se llame.

Como la Universidad es un ámbito de estudio y constituye el hogar de los saberes, la primera parte de nuestra contribución a este concurso hace referencia a las reglas de san Bernardino de Siena para estudiar, que no las vamos a comentar acá, pero se las recomendamos. Es un sermón que san Bernardino pronunció en el año 1427 en la Universidad de Siena, reglas que fueron comentadas después por Juan Pablo I, cuando era cardenal Luciani, en una carta a san Bernardino y que creemos son rigurosamente actuales.

En cuanto a la Universidad en su historia señalaremos cuatro características que la misma debe poseer y que según un profesor argentino, Juan Alfredo Casaubon, otra víctima de sectarismo político, son: en primer lugar tiene por fin la verdad; en segundo lugar debe basarse en una recta filosofía; en tercer lugar debe ser fiel a la tradición cultural del pueblo que la nutre, y aquí hacemos referencia como pilares de esa tradición a la filosofía griega, al derecho romano y a la revelación judeo-cristiana, y finalmente debe tener una apertura a la época, o sea, debe asimilar los avances, los adelantos del tiempo, y por otro lado influir en su contorno.

Y acá hay algo muy importante: la Universidad tiene una misión respecto de la sociedad que la nutre, y esta misión es intervenir como un poder espiritual. Hoy en día la Universidad no interviene como un poder espiritual porque no tiene la autoridad para ello, porque la ha perdido. Y el vacío dejado por la Universidad ha sido llenado por el periodismo, como afirma Ortega, una de las clases menos culta de la sociedad. Y el periodismo es el culpable del aborregamiento y de la imbecilización de grandes sectores de nuestra Argentina. Y esto no es sólo nuestro, sino que es un fenómeno universal, porque, como dice un presidente de los Estados Unidos, Jefferson: "El hombre que nunca mira un periódico está mejor informado que el hombre que los lee, de la misma manera que el que no sabe nada está más cerca de la verdad que aquel cuyo espíritu está atiborrado de falsedades".

Aquí se trata de recuperar el espíritu de la Universidad. Si la Universidad actúa como un poder espiritual servirá al bien común

político, a través de la realización de su propio bien común, que es en lo fundamental una perfección intelectual de sus miembros.

¿Y cómo se logra esta perfección? A través de una severa disciplina de los profesores y de los estudiantes. Hay un texto de Saint-Exupéry en *Ciudadela* que se lo repetimos a nuestros alumnos: “Fuérzalos a construir una torre y los transformarás en hermanos. Si quieres que se odien arrójalos un poco de grano”. Un profesor que respeta a los alumnos les exige, los fuerza a construir la torre y de allí surge la amistad, la fraternidad, la hermandad, que puede germinar en la Universidad. El demagogo les reparte alpiste como si fueran canarios. Y si los alumnos tienen una buena disposición, si tienen una verdadera docilidad, que es parte de la virtud de la prudencia, entonces la Universidad recuperará su espíritu, su espíritu de estudio, que es al fin y al cabo la clave, y entonces sí se encuadrará y prestará el servicio debido al bien común político.

Pero también nuestra Universidad tiene otra tarea, que es pensar la Argentina. Esto lo señala el padre Leonardo Castellani: “Tenemos el deber sacro de pensar la Patria. Y también pensarla analizando su naturaleza y su deber ser a partir de esa naturaleza”. En el año 1955 nuestro padrino Enrique von Grolman le dirigió una carta al general Franklin Lucero, entregada en mano el 13 de junio, que tiene un texto que nos vamos a permitir leer porque creemos resume el aporte que tenemos que hacer como integrantes de la clase dirigente de la cual forma parte la Universidad: “Siento profundamente la Argentina mía. Ella se realizará en plenitud por la fuerza espiritual de su Iglesia católica apostólica y romana; el honor y bizarría de su ejército, su marina y su aviación; el señorío y responsabilidad de sus clases dirigentes y la dignidad de sus ciudadanos. Ella será y entonces seremos”. Examinemos si hay fuerza espiritual en la Iglesia; si hay honor y bizarría en el ejército; si hay señorío y responsabilidad en los dirigentes y si hay dignidad en los ciudadanos. Y si no la hay, tratemos que todo eso exista.

En cuanto a la Universidad del mañana, ¿existirá en el siglo XXI? No lo sabemos. No somos adivinos. Al fin y al cabo esto pertenece al ámbito de los futuros humanos contingentes. Quien quiera saberlo con certeza y crea en las supersticiones recurra a algún horóscopo, a la astrología, la nigromancia, a la quiromancia... No lo sabemos; aparte el mundo vivió más tiempo sin universidades que con universidades y la Universidad hoy puede desaparecer al pretender ser todo y acabar siendo nada, o sea nada distinto.

Sin embargo, la previsión del porvenir es una cuestión de supervivencia. Algunos, como Alvin Toffler, mientras predicán la ruptura con el pasado utilizan los elementos forjados en ese pasado para poder aterrizar con suavidad en el futuro; otros, como Ray Bradbury, hablan de una época en la cual los bomberos en lugar de apagar los incendios quemarán libros, esto que parece tan raro ya lo hemos visto, cuando una Universidad resolvió quemar los ejemplares de una revista; por otro lado vemos que hay en algunos autores de la ciencia-ficción una denuncia del doble pensar, del doble discurso de hoy, llamado por Orwell "el empleo del engaño consciente"; por otra parte también algunos piensan que no hay que afligir al hombre con recuerdos, que hay que tratar de que se borre en él toda huella del pasado.

Y sin embargo Bradbury, que es uno de los más inteligentes autores de ciencia-ficción, afirma: "Un hombre no tiene posibilidad de hablar de futuro a menos que tenga un fuerte sentido del pasado". Éste es el sentido histórico que queremos rescatar; la historia viva, no la historia de museo, la historia que nos abre posibilidades con relación al presente y al futuro.

Es gracioso, pero estos futurólogos hablan del hábito de la anticipación y esto no es otra cosa que la antigua providencia; hablan de la objetividad ante lo inesperado, porque los cambios pueden ser bruscos y violentos, y ésta es la antigua solercia o sagacidad; habla del analfabeto del futuro; ahora bien, el que aprende a aprender es el que adquiere y practica la ciencia como virtud intelectual según el antiguo Aristóteles. Por otro lado la multiplicación de los bienes, de los incentivos y de las problemáticas exige en el futuro ciertos marcos comunes para que el hombre pueda comunicarse, pero ésta es la clásica doctrina de la concordia. Además hablan de cursos de futuro. ¿Para qué? Para comprenderlo y discriminar lo bueno de lo malo. Esto no es otra cosa que el discernimiento de los signos de los tiempos a lo cual nos convoca el Evangelio; hablan de la necesidad del dominio de la tecnología, que es un medio; esto no es otra cosa que la antigua doctrina de la prudencia, que es una virtud que se ocupa de los medios.

¿Subsistirá la Universidad? Un norteamericano, Lewis Perelman, dice que el progreso de la informática y las nuevas tecnologías capacitará a la gente de toda edad y condición para aprenderlo todo en cualquier momento y en cualquier lugar. Esto es una estupidez, porque nunca el hombre podrá aprenderlo todo, siempre nuestro conocimiento será parcial, fragmentario, sujeto a revisión y

además menos podrá aprenderlo en cualquier lugar y en cualquier condición. Hace falta un cierto condicionamiento para que nosotros podamos aprender algo.

Toffler, por ejemplo, habla del reflujo de la escuela al hogar. Van a ser los hogares los que van a enseñar, con las computadoras, con las comunicaciones, con la electrónica, en lugar de la escuela. La escuela está destinada a desaparecer. La Universidad también quedará reducida a actividades supletorias, sociales y deportivas. Es gracioso, porque Toffler al hablar de este reflujo también habla de la familia del futuro, la de la tercera ola, y afirma que no será como la actual ni como la anterior, sino que se integrará por un currículo matrimonial. Lo normal, según él, serán cuatro matrimonios: el matrimonio a prueba, que durará muy poco; después el matrimonio de personas jóvenes, que podrán o no tener hijos, porque al fin y al cabo los hijos estorban la libertad de los padres. Pero suponiendo que los tengan podrán no criarlos y entonces los divide en biopadres que tiene los hijos y propadres que los crían; aparece un aviso que pone una familia de padre, madre, abuela, ofrece un lugar para transformar a su hijo en un joven preparado y culto; con clases optativas de religión, con frecuentes visitas de los padres, con posibilidad de contactos telefónicos etc., pero este segundo matrimonio de personas jóvenes también termina: fundado en el egoísmo concluye en el hartazgo; entonces viene el tercer matrimonio de personas maduras y complementarias que según Toffler es el que durará más hasta su quiebra en el momento de la jubilación que abrirá la posibilidad de un matrimonio geriátrico. Piensen ustedes si con esta familia, si con este hogar se puede sustituir a la escuela, a la Universidad. Estamos en la locura.

Muchos problemas tendrá la Universidad del siglo XXI, problemas que ya se avizoran: la multidiversidad, la pluridiversidad, esta Universidad transformada en factoría de conocimientos, una especie de gran mercado de golosinas para el alma, como diría Platón; la multiplicación de carreras, que en Estados Unidos es una cosa de locos; hay cursos universitarios para porteros escolares, hay cursos para artistas de circo, para payasos, para gobernantes etc. ¿Todo eso puede ser universitario? ¿Qué se debe enseñar entonces? Hace poco en Francia apareció la Universidad del vino, que ya expide sus diplomas de *sommelier-conseil*, cuyos graduados con profundos fundamentos nos podrán aconsejar qué vino corresponde con cada comida. Estamos ante una multiplicación absurda.

¿Quién debe enseñar? No puede enseñar cualquiera. Urge aquí volver a un cierto rigor para que aquel que enseñe no sólo tenga la capacidad suficiente, sino una adecuada maduración de su saber. Hoy entre nosotros es una vergüenza, enseña cualquiera, enseñan estudiantes, enseña gente recién egresada, que no tiene la más remota idea de qué se debe enseñar ni cómo se debe enseñar, y aquí surge otro problema, el de la metodología.

Otro problema es el de la insubordinación de la técnica; la técnica tiene que ir a buscar sus fundamentos que están más allá de ella, plantearse sus consecuencias y evaluarlas. Saint-Exupéry, hace años, cuando se refiere a las carreras de aviones expresa que, preocupados por eso, nos habíamos olvidado del motivo de las mismas. Nos habíamos olvidado que los aviones están al servicio de los hombres. Somos nuevos bárbaros, tenemos una casa nueva, una casa que no la hemos habitado, que tenemos que humanizar, pero ¿por qué se insubordina la técnica? Porque ha desaparecido el espíritu y ocupa el espacio al encontrarlo vacío.

Otros problemas son los límites de la ciencia. Aparece la ciencia sin conciencia. Cuando Toffler habla de la industria genética dice cosas como que “tenemos que fabricar individuos con estómago de ñandú para que puedan comerse los basurales, tenemos que producir obreros que sean resistentes, pacíficos y que no hagan huelgas, tenemos que alterar de algún modo el proceso biológico, tenemos que poder predecir por ejemplo si el que nacerá es deforme”, ¿para qué? Para asesinarlo. Es tremendo esto. Es la ciencia sin conciencia.

Y es por eso que hace falta una nueva síntesis. Y esta nueva síntesis no se puede lograr sin una sólida formación religiosa y una sólida formación filosófica. Porque aquí también se producen desajustes muy graves y grandes científicos son enanos o pigmeos en materia filosófica y en materia religiosa.

¿Qué hay que rescatar de todo esto? Francesco Carnelutti concluye su *Metodología del derecho* con una referencia a la interminable fila. Dice que así como la Verdad ha bajado del cielo, a través del esfuerzo de la investigación, la Verdad también sube al cielo. Y aquí no interesa cada uno, interesa la interminable fila; no interesa que algunos se equivoquen, que algunos creen inocentemente haber llegado a la meta y no lleguen, interesa esta interminable fila de investigadores, de peregrinos, que a través de cada descubrimiento confirman la creación. El confirmar la creación es,

al fin y al cabo, ascender al cielo. Y este coro de interminables peregrinos es una sinfonía sin fin que canta la gloria de Dios.

Ahora bien, ¿es posible que la Universidad subsista? Creemos que sí. Es posible, pero es difícil. Y por eso, porque es difícil el bien a conquistar para que la Universidad subsista es un bien arduo. Y aquí aparece una figura que podemos tomar como modelo, que es la de un pez de nuestro ríos interiores, el surubí, que navega contra la corriente.

Si queremos rescatar la Universidad tenemos que navegar contra la corriente. En caso contrario terminaremos en las aguas sucias y turbias del río de la Reconquista que se pretende entubar y hacerlo la matriz de una cloaca, pero no eliminar la cloaca, acabaremos en el Riachuelo o el río Tigre. En cambio si navegamos contra la corriente podemos llegar a las aguas claras y limpias que están en las fuentes del río, como dice el poeta:

Le dijo el surubí al camalote:
no me dejo llevar por la inercia del agua,
yo remonto el furor de la corriente,
para encontrar la infancia de mi río.

La Universidad puede sobrevivir, dice Robert Ellrodt, en la medida que recoge la alegría. La alegría de enseñar y la alegría de estudiar. Y entonces Ellrodt nos convoca en el libro *Para que la Universidad no muera* a la única batalla universitaria y afirma que podemos librarla, debemos librarla. Es la batalla por la verdad. Y si incluso se nos expulsara de las universidades de este siglo, nos encontraremos en la Universidad fuera del tiempo, que es aquella en la cual se reúnen los hombres cuyo objetivo vital es la búsqueda de la verdad.